Año XIV (5.ª época) Octubre de 1926 Número 166

LA LUZ DEL PORVENIR

REVISTA POPULAR DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS Y CIENCIAS AFINES

Organo del Centro LA BUENA NUEVA, domiciliado en la calle San Luis, 28, 2.° (Barcelona)

Fundadora: AMALIA DOMINGO SOLER :-: Director: SALVADOR VENDRELL XUCLÁ

SUMARIO:

Reencarnación, por C. Flammarión.—*Acción espirita.*—*Los diez mandamientos de la salud.*—*Bibliografía.*—*Noticias.*

Sir Arthur Conan Doyle, por C. Vilar de la Tejera.—*Por el mundo de los animales,* por el profesor Asmara.—*Hechos,* por Carlos Lamo.—*Desde mi atalaya,* por Pitágoras.—*El octavo pecado capital* (continuación), por M. Serra Bartra.

REENCARNACIÓN

La discusión del problema de la preexistencia y de la supervivencia reclamaría un libro entero. Los argumentos de la preexistencia tienen un valor incontestable; el principal es la desigualdad mental de los seres humanos desde su nacimiento—desigualdad que no puede ser atribuída a la herencia—, las aptitudes especiales por las ciencias y las artes, las predisposiciones innatas, las convicciones hondas desde la infancia, que forzosamente deben haber sido adquiridas anteriormente.

Cada uno de nosotros llega á este mundo con aptitudes especiales que constituyen la característica psicológica de cada ser, inexplicable por la herencia. Y es que el alma no se hereda, es el trabajo de uno mismo. Todas las memorias pasadas, acumuladas, constituyen en el fondo de nosotros, una propiedad latente en una subconsciencia independiente de nuestro cerebro. La memoria de las vidas anteriores, no ha sido registrada por nuestro cerebro actual. Nuestros gustos, preferencias, impresiones, tendencias, sentimientos, simpatías, son la aportación anterior a la vida actual, que yace en nuestro ser hondo; es lo que nos dá carácter, personalidad inconfundible, tanto más acusada cuanto mayor sea nuestra experiencia a través de la hilera evolutiva, puesto que el alma aporta, al encarnarse, las aptitudes resultado de lo conocimientos adquiridos anteriormente, y los padres dan a sus hijos la vida física, pero no la intelectual y moral. Así, pues, desde el punto de vista filosófico, somos unos pitagóricos del siglo XX, con las adquisiciones admirables de la astronomía y la psicología modernas.

Bajo una forma cualquiera, la inmortalidad se presenta hoy a las esperanzas humanas, como en tiempo de los druidas. Las revoluciones no han cambiado nada: Robespierre ha presidido la fiesta del "Ser Supremo". En Tokio, en los funerales del escritor Hearn, se abrieron jaulas dejando a algunos pájaros en libertad, delicado símbolo del alma que se emancipa de su pri-

sión terrena. De existencia en existencia, la vida psíquica nos eleva en una evolución ascendente. Cada uno de nosotros ha sido mineral, vegetal, animal, antes que hombre, y el hombre no es el último término; somos seres muy inferiores.

Desde el punto de vista histórico, es digno de notar que estas enseñanzas se encuentran en las tradiciones de India, Egipto, Caldea, Persia, Grecia, Hebreos, Esenios. Esta doctrina se halla integra en el Rig-Veda, el Zend-Avesta, el Código de Manou, la Biblia. ¿Volvemos, en el siglo XX, a las doctrinas predicadas hace siete mil años? Sí y no. Sí, en el sentido de que los antiguos sabían más de lo que generalmente se cree. No, en el sentido de que los métodos científicos actuales nos traen una confirmación práctica y un principio de explicación.

C. FLAMMARION.

(De "Después de la muerte".)

ACCIÓN ESPIRITA

El cuarto domingo del pasado mes tuvo lugar en Sabadell la celebración del segundo aniversario de la inauguración del local propio del "Centro de E. P.", con una fiesta muy animada de confraternización y de propaganda espirita.

Presidió el acto el presidente del Centro, querido hermano Mañalich, habiendo asistido representaciones y elementos de todos los Centros federados de Barcelona y Tarrasa, así como de la "Unión de Juventudes y del Directorio de la F. E. E."

Abierta la sesión por el presidente, leyó el hermano Tatché un trabajo muy vibrante del presidente de la "Unión de Juventudes", José M.ª Francés, que no pudo asistir a la fiesta. Habló la representación del Centro "Voz del Porvenir" y el querido hermano Torras Serra; habló también el hermano José Soler, presidente de la Junta Directiva que llevó a término la edificación del nuevo Centro, en aquellos momentos de esfuerzo y de entusiasta colaboración que tan alto puso el nombre de los espiritistas de Sabadell. Por último, hablaron también el hermano Manuel López, que tenía la representación del "Centro Barcelonés", el señor Vilar de la Tejera, que tuvo la representación de "La Buena Nueva" y el Prof. Asmara como presidente de la Federación y representando al "Centro Humanitario del Guinardó", del cual se recibió telefonema adhiriéndose al acto y rogando al Prof. Asmara que tomara su representación por imposibilidad material de concurrir su delegación.

Como era del caso, se habló para los profanos, en plan de divulgación, y para iniciados y socios, haciendo planes de trabajo para el nuevo ejercicio y para que el próximo aniversario sea una demostración más de que los queridos hermanos de Sabadell están constantemente en la brecha por los progresos y los prestigios de nuestra bendita doctrina.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA SALUD

1.° Levántate temprano y acuéstate temprano.

2.° Se parco en la comida, pero toma el alimento que tu cuerpo te pida, prefiriendo los manjares nutritivos y de fácil digestión.

3.° Permanece el mayor tiempo posible al aire libre. Camina por lo menos una ho-

ra diaria; respira de forma que el aire penetre bien en los pulmones.

4.º No te abrigues demasiado, pues te harás propenso a los resfriados. Un cuerpo sano resiste con facilidad las inclemencias del tiempo.

5.º Conserva un carácter risueño, aún en la adversidad. La tristeza envejece; la alegría es la juventud eterna.

6.º No arruines el caudal de tu salud, que es el mayor tesoro que posees, con excesos ni con el abuso de placeres, las personas de costumbres morigeradas viven más y mejor.

7.º La salud del cuerpo corre pareja con la tranquilidad del espíritu y son veneno para éste la ambición desmedida, el orgullo, la envidia y el odio.

8.º Conserva la pulcritud de tu cuerpo y de tu casa como una gran virtud. Ten presente que la limpieza es el peor enemigo de las enfermedades.

9.º Recuerda que la salud del cuerpo se fragua en la oficina del estómago y que debes conservar normal su funcionamiento.

10.º Observando los anteriores preceptos ahorrarás las enfermedades, y por tanto, te librarás de tomar medicamentos que muchas veces son de peores efectos que las mismas causas. Si te ves obligado a ello, recurre a los que la pródiga Naturaleza pone a tu alcance.

BIBLIOGRAFÍA

"La Evolución Biológica y Espiritual del Hombre". — (Ensayo optimista), por sir Oliver Lodge, miembro de la Sociedad Real de Londres.

Dice el autor en el prefacio de esta obra:

"Los argumentos de este libro son:

1.º Que la Evolución es una realidad y que el valor de ella es una cosa perfectamente posible, a medida que el tiempo pasa; que la Evolución no es una cosa fácil, sino, al contrario, algo que requiere y exige un esfuerzo continuado; que en ciertas épocas, cuando la libertad ha sido introducida en la vida del hombre, hay un elemento de peligro y aun de sufrimiento que pudiéramos llamar la época de infancia y de crecimiento del elemento libre, hasta que éste llega a su desarrollo. Pero, que, una vez hecho el esfuerzo, una vez corrido el riesgo y soportado el dolor, los resultados obtenidos sobrepasarán a todo cuanto pudiera haberse alcanzado por cualquier otro camino, y que, en fin, sin perder nunca de vista el resultado último tan buscado, ni la larga y gradual ascensión que permitirá por sí sola realizar una concepción ideal de la vida, este mundo es tan bueno y tan aceptable como hubiera podido ser bajo las condiciones inevitables.

2.º Que la Humanidad digna de este nombre, que data sólo del advenimiento al mundo de la libertad consciente, no está ahora más que en la aurora de su evolución, y acaba de ascender apenas un poco de su origen animal; que el hombre está inacabado y que su condición actual es una consecuencia natural de su falta de madurez. Pero que, a pesar de sus muchos defectos, el mundo ha sido siempre el teatro de la esperanza ardiente y del sacrificio voluntario de los Altos Poderes responsables de la empresa evolutiva; y que nosotros podemos fácilmente observar signos y presagios del alto destino del hombre y de su sublime misión; que el camino que se abre ante él, tanto como individuo o como raza, es una perspectiva de progresos infinitos, a los cuales el hombre, lo mismo el encarnado que el desencarnado, puede contribuir por su propio esfuerzo y su buena voluntad.

El primer capítulo de esta obra tiende sólo a trazar el curso de la Evolución a partir de la fundación de la Ciencia Psíquica y a conducir también al lector, a través del desenvolvimiento del argumento hasta las más altas concepciones espirituales que el hombre haya podido jamás alcanzar hasta la hora presente."

Podemos servirla a nuestros lectores al precio de 3 pesetas.

NOTICIAS

Rogamos a todos aquellos subscriptores de provincias que estén en descubierto con esta Administración, se pongan al corriente a la brevedad posible, privándonos de la pena de tener que suspender el envío de la Revista, si no lo hacen por todo el corriente año.

⁂

El primer domingo del mes en curso, ocupó la tribuna del "Centro Barcelonés de E. P.", el reputado magnetólogo don Salustio Degollada, para hablar a profanos y a iniciados de ciencia magnetológica. Desarrolló el tema "Análisis teórico práctico de magnetismo, hipnotismo y sugestión"; y como la extensión del tema no permitía explanarlo en una sola conferencia, volverá a tratar del asunto el tercer domingo, día 17, a las cinco de la tarde.

⁂

Agravado en la dolencia de estómago que padece, tiene que guardar cama estos días el Prof. Asmara, presidente de la F. E. E., que nos ruega lo avisemos, especialmente a aquellos queridos hermanos con los cuales esté en deuda de correspondencia, para que disculpen el retraso.

⁂

El Directorio de la F. E. E. se reunirá el quinto domingo del corriente, a las cinco de la tarde, en el local del "Centro Barcelonés de E. P.", Diputación 95, pral.

⁂

El primer domingo del mes corriente dió la conferencia de turno en el "Centro Fraternidad Humana", de Tarrasa, nuestro buen amigo don Manuel López, Vicepresidente del C. B. E. P.

A los que se subscriban a partir de esta fecha, les será remitida la Revista gratuitamente hasta fin de año, valiéndoles la subscripción por todo el venidero de 1927. Esto facilita grandemente nuestros trabajos administrativos de principio de año.

Sería un gran servicio a la Causa el que cada subscriptor procurase uno de nuevo, medio el más eficaz de propaganda espirita y que ha de redundar en beneficio de la propia Revista.

⁂

Debido a la inseguridad del tiempo, la "Unión de Juventudes" suspendió la excursión organizada a Sant Llorenç de Munt, que debía tener lugar el día 10 del corriente. Oportunamente se anunciará el día que tendrá lugar dicho acto de expansión.

⁂

Actos a celebrar por el Centro "La Buena Nueva durante lo que resta del mes actual y el próximo.

Día 24 octubre.—Sesión mediúmnica.

Día 31.—Fiesta literario-musical a cargo de la "Juventud Cultural", bajo el tema "Muerte y Reencarnación".

Días 7 y 14.—Sesiones mediúmnicas.

Día 21.—Fiesta literario-musical por la Juventud del Centro, a beneficio de la Sección de beneficencia.

Día 28.—Notable conferencia, a cargo de la conocida publicista doña Regina Lamo, bajo el tema: "Cultura femenina" Es de advertir que estos actos darán principio a las cinco en punto de la tarde.

Antonio López, impresor.—Olmo, 8, Barcelona

No son espiritistas

los que lucran, explotan o engañan en nombre del Espiritismo. Los que se ocupan de cartomancia, sortilegios, adivinación, etc., para embaucar a sus semejantes. Todo aquel que mixtifica o se atribuye falsas facultades, en cuyo fondo está el absurdo, el fanatismo o el interés. Nadie que obre así es espiritista, aunque diga serlo; y por el daño que causan a la doctrina y a la verdadera mediumnidad, consignamos nuestra protesta y nuestra reprobación contra todos ellos, reciban o no dinero en pago de sus extravios

LA LUZ DEL PORVENIR

Sir Arthur Conan Doyle

La eminente personalidad del gran literato inglés cuya noble figura aparece hoy en nuestra portada, ocupa en la actualidad un lugar señalado en las huestes espiritas del mundo entero, merced al férvido entusiasmo con que ha emprendido la defensa y propagación de la doctrina espirita.

Sir Arthur Conan Doyle, que es nieto del notable caricaturista del mismo apellido, Juan Doyle, nació en Edimburgo el año 1859. Estudió medicina en la Universidad de la ciudad de su nacimiento, y una vez terminada la carrera con gran aprovechamiento, ejerció su profesión a la que dedicó todas sus energías desde 1882 hasta 1890. Viajó luego por las regiones árticas, después de lo cual pasó al otro hemisferio para efectuar algunos derroteros por la costa de Africa occidental. Desde muy temprana edad ensayóse en la novela, pasando inadvertido hasta el año 1887, en que publicó la titulada "Astudy in scarlet" en cual novela creó el personaje del famoso detective Sherlok Holmes, que figura en tantas de sus obras. Ensayóse también con éxito en la novela histórica publicando, entre otras, la que lleva por título "Micah Clarke".

Durante la guerra que la Gran Bretaña sostuvo contra los "boers", Conan Doyle verifica una excursión al Africa del Sur, publicando a su regreso a Inglaterra una historia militar, a la que dió por título "The great boer war" que apareció en 1900, y constituía una ingeniosa defensa de la política inglesa en el Africa del Sur. Publicó, además, otras novelas, entre las cuales figuran "Brigadier Gerard", "Throngh tke wagia boer" y "The fives of fate".

Cuando por sus lecturas y por los hechos que presenció, convencióse de la verdad de la doctrina base del Espiritismo, convirtióse en uno de sus más denodados paladines, haciendo pública profesión de fe de sus creencias en la prensa de su país y en la extranjera. En la actualidad, Doyle es el más ardiente defensor del Espiritismo en Inglaterra. El año 1922 y en el 1923, dió algunos ciclos de conferencias de carácter espirita en el Canadá y en los Estados Unidos, en las que expresó sus opiniones respecto al porvenir del Espiritismo, al que designó como el Credo que pondrá término a las edades obscuras en que ahora vivimos. Sir Arthur afirmó sus palabras con una detallada enumeración de pruebas que demostraron de manera concluyente la existencia de una inteligencia que respaldaba todos los fenómenos espiritas, citando asimismo numerosísimos hechos a cual más convincente.

Ferviente espiritista, Conan Doyle ha realizado gran número de experimentos

en los que, por su formal declaración, ha hablado, por medio de un médium, con más de veiente seres desencarnados cuya identidad pudo corroborar, contándose entre ellos, su hijo, su hermano, su yerno y muchos amigos.

A raíz de su profesión de fe espirita, declaró que por ningún concepto volvería a escribir historias de detectives, "por lo contrario—afirmó—dedicaré todas mis fuerzas al estudio del Espiritismo y a su propagación".

Su obra espirita "La Nueva Revelación", tan notable como sencilla, es el sucinto relato de la conversión del autor al Espiritismo, al que considera como la "nueva revelación"; esto es, el conjunto de verdades que Jesús no pudo comunicar a sus contemporáneos, ya que no le hubiesen entendido.

Dice Sir Arthur en su obra: "He pasado en revista la evolución de mi pensamiento hasta la época de la guerra, y creo no pecar de presuntuoso al decir que fué sabiamente madurado y que no presenta ningún rasgo de la credulidad ciega que nuestros adversarios nos reprochan. Mi evolución fué perfectamente circunspecta, porque me detuve poco en echar sobre el platillo de la verdad todo aquello que de algún modo podía influir en mí. Sin la guerra, probablemente hubiera pasado toda mi vida contentándome con hacer investigaciones psíquicas y otorgando a estos estudios una simpatía de "dilettanti", como sucede con todas aquellas cuestiones que son impersonales, tales como la existencia de la Atlántida o la controversia baconiana; pero, vino la guerra, y esta terrible prueba movió nuestras almas al fervor, revivificó nuestras creencias, y las restableció en su valía. Ante un mundo agonizante, enterándonos cada día de la muerte de la flor de nuestra raza en la primera eclosión de su juventud, viendo en torno nuestro a las hermanas y a las madres que no tenían otra idea sino la de que sus bien amados no existían ya, me pareció comprender de una manera súbita que este asunto, con el cual había mariposeado, no era solamente el estudio de una fuerza al margen de las estudiadas por la ciencia, sino que era algo realmente extraordinario: el desplome de un muro interpuesto entre dos mundos, un inapreciable mensaje del Mas-Allá, un guía para la Humanidad en el momento de su más profunda aflicción. Su lado objetivo dejaba de interesarme, porque habiendo decidido que allí estaba la Verdad, no tenía ya nada que discutir sobre él. Su lado religioso era de una significación infinitamente más considerable. El timbre del teléfono es en sí mismo una cosa infantil, y sin embargo, puede ser la señal de una comunicación de la más alta importancia. Me parecía que todos estos fenómenos, pequeños o grandes, no habían sido sino el timbre del teléfono, que, sin ningún sentido en sí mismo, habían dicho al género humano: "¡En pie!" ¡Atención! ¡Preparaos! ¡Estas señales son para vosotros, y preceden a los mensajeros que Dios desea enviaros! "Eran los mensajes, no las señales, los realmente importantes. Una nueva Revelación estaba, según todas las apariencias en camino de manifestarse, aún estuviera todavía en lo que pudiéramos llamar el grado

de San Juan Bautista con relación al Cristo, y tan alejada como se quiera de una entera claridad."

Sir Arthur Conan Doyle, nuevo apóstol del Espiritismo, ha probado bien elocuentemente cuán profunda mella han hecho en su corazón las enseñanzas de nuestra santa doctrina: constantemente da conferencias, escribe artículos para periódicos y revistas, ha presidido dos Congresos espiritistas y toda su vida dedícala a expandir las verdades del Espiritismo.

¡Loor al ilustre hombre de ciencia que ha osado levantar el celemín, descubriendo la Luz!

C. VILAR DE LA TEJERA

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Por el mundo de los animales

De un semanario muy difundido reproduzco los siguientes párrafos que vienen a cuento, por vía de curiosidad y estudio para extraer alguna filosofía.

"La lucha por la vida es el término con que expresamos esa guerra sin fin que los animales sostienen unos contra otros; se emplea con referencia al proceso común de la naturaleza y especialmente a las costumbres y características de los animales en su perpetuo trabajo de asegurar el alimento y engañar o aniquilar al enemigo.

La guerra es el impulso natural inspirado por sed de sangre, por rivalidad o por circunstancias cuyo fondo trascendental es difícil conocer.

Desde el microscópico microbio hasta el águila; desde el primero al último animal de la escala zoológica, todos parecen impelidos por el deseo de matar, de luchar o destruir algo.

La inocente ardilla, el lirón, etc., buscan los nidos para comerse sus huevos, y otros animales devoran con placer insectos, o los matan para guardarlos y tener alimento durante la invernada.

Las aves, los reptiles, los batracios y los peces, se alimentan con otros animales y, durante el invierno, todas las aves granívoras viven especialmente de insectos.

Aunque los animales insectívoros están clasificados en un grupo aparte de los carnívoros, son, como éstos, agentes de muerte de una manera más trágica que los grandes comedores de carne.

La araña que destroza en un momento la mosca o la mariposa de irisadas alas; la hormiga león que con su larga y viscosa lengua atrapa al insecto que se acerca a su trampa, representan tragedias tan terribles como las pueden desarrollar el tigre, el águila y el halcón con sus respectivas víctimas.

Nos impresiona el tamaño, el bulto. El gavilán que se remonta en los aires con una cría de mirlo no nos hace el mismo efecto que el puma que cae sobre el lomo de un venado. Y, comparado con ambos casos, el mantis religiou, que atrae

a un grillo, nos parece cosa insignificante, cuando esto representa un acto de valor, una lucha mucho más terrible que la del ave de rapiña y la del mamífero carnívoro.

El mundo de los insectos está lleno de encuentros que son tragedias mortales mucho más espantosas que las que sostienen los vertebrados.

Examinemos las luchas entre la avispa y la tarántula, entre la hormiga negra y la chupadora, o entre otros terribles insectos como el tábano, el ciempiés, las múltiples arañas, los mantis, los carábidos y otros mil, y nos convenceremos de la fiereza, tesón, voracidad e instinto cruel y destructor de ese pequeño mundo.

Las luchas sanguinarias que sostienen tigres, pumas, linces, osos, zorros, hurones, comadrejas, águilas, gavilanes y otros con sus víctimas, son pequeñeces al lado de las tragedias que pasan para nosotros inadvertidas en el mundo inferior de los insectos. Hay que confesar que a medida que disminuye el tamaño de los seres sedientos de sangre, aumenta proporcionalmente el instinto sanguinario.

La mayoría de los insectos son más feroces, proporcionalmente.

El valor de muchos animales está, sin duda, basado en la confianza que tienen en sus poderosas zarpas y garras y en sus fuertes picos y colmillos, y en muchos de ellos eso sólo basta para satisfacer sus sanguinarios instintos.

El visón y la comadreja tendrían poca ventaja sobre el conejo si éste no fuese tan tímido y supiese emplear sus cortantes incisivos; pero su cobardía no le permite otra lucha que la de tratar de huir.

Los gavilanes sienten verdadera animosidad contra el gallo y su harén, en el que hacen constantes víctimas; pero también es verdad que muchas veces después de haber hecho presa en el señor del corral, éste ha podido clavar sus espolones en el cuerpo del asesino y dejarlo exánime en tierra.

Los buhos, lechuzas, cornejas y mochuelos son ferozmente sanguinarios y se aprovechan de la obscuridad de la noche para atacar a los animales diurnos mientras éstos descansan. La matanza de pollos, patos, pintadas, y otras aves de igual tamañano es corriente entre las aves de rapiña nocturnas.

La sed de sangre y el valor de la comadreja sobrepasa al de todos los carnívoros. Este pequeño animal no sólo ataca a la tímida liebre y persigue a la ágil ardilla, sino que se lanza valerosa al cuello del ganso, que un solo aletazo podría deshacerla.

Cuando están hambrientas, llegan a atacar a la marmota, animal con el que no se atreven ni los zorros."

* * *

En la tierra y en el aire y en las aguas, la lucha es constante entre animales de todas categorías y tamaños. Y las plantas, muchas plantas, toman también su participación en la matanza.

Los fabulistas y los zoólogos nos hablan de astucia y de fuerza, de nobleza y de maldad, distinguiendo castas y maneras; ofreciendo animales que representan formas de virtud o de nobleza, y formas de maldad. Como entre humanos... o humanizando a los animales para presentarnos bellas fábulas. Que al fin y al cabo, el hombre tiende a verlo todo desde el prisma antropolátrico; a reducirlo todo a su imagen y semejanza. Todo, todo: hasta Dios.

¿Hay en el fondo de todo esto alguna razón trascendental? ¿Será porque

hay un dios en lo profundo de cada uno de nosotros? ¿Será porque ha pasado nuestro ego, como por un filtro, a través de las formas y las vidas de esos mismos animales?

Si la evolución nos señala este proceso; si venimos de formas inferiores, recorriendo la escala, ¿qué extraño tiene que hayan visto los fabulistas reminiscencias, modos de ver en los hombres, que tan bien recuerdan con las características de ciertos animales? ¿Es que no nos hemos limpiado todavía? ¿Es que, realmente, estamos más cerca de la bestia que de los dioses?

* * *

Pero el naturalista y la fábula, nos hablan mucho de odios, de crueldad y de "instintos criminales". La ferocidad, en el tigre o en la hiena, como una forma consciente de maldad. ¿Tienen el tigre o el tiburón conciencia de su ferocidad? Cuando caen sobre su víctima, ¿lo hacen acaso por verdadero sentimiento de perversidad? Yo me los imagino muy lejos de ninguna forma consciente o deliberada de maldad; van impelidos por la necesidad de llenar una función natural, con la fruición, con la intensa emoción que uno de nosotros, movido por el hambre, se dispone a dar cuenta de una manzana o de una tortilla. ¿A qué, pues, suponer en ellos maldad o conciencia criminal? Ellos, los animales, podrían argumentarnos en su particular estado de conciencia, que realizan algo que, para ellos, tiene una cantidad de bien; que no es de opción en ellos obrar de otra manera. Y si hubieran de filosofar o hacer fábulas entre sí a costa del hombre, dirían seguramente que quien ha puesto en ellos estos instintos, quien les ha sido ser como son, ya sabrá por qué lo ha hecho y con qué fin les hace ser instrumentos de una constante lucha; para producir la muerte de unos seres o para ser a su vez, víctimas de otros. La cadena siempre.

No hay, pues, maldad o crueldad, sino en cuanto el hombre la supone, juzgando a su manera, quizá en mucha parte cuando él, el rey de la creación, se ve o se teme víctima de un chacal o de un tiburón.

Con razón escribió Ruben Darío, pensando, sin duda, en estas sutilezas:

"... no es la torcaz benigna
"ni es el cuervo protervo;
"son formas del enigma
" la paloma y el cuervo."

Meditemos sobre estas palabras del vate.

* * *

Lucha por la existencia; agresiones, engaños; exterminio de unos seres por otros, durante los siglos de los siglos. ¿Para destruirlos a todos? No; para renovarlos y mejorarlos constantemente. Para que cada cual, en cada etapa, adquiera experiencia, anhelos de defensa o de superación, etc., a costa de algo que grabe bien su impresión en nuestro periespíritu: en ese archivo inconmensurable que

rige y gobierna como un consumado maestro todas las funciones de nuestra vida intelectual y vegetativa. En los maravillosos secretos que revela nuestro cuerpo físico, con todas las apariencias de cosa sabida o de una herencia milenaria, y en las múltiples intuiciones, automatismos y cualidades innatas que descubrimos ahondando un poco en nuestra psiquis, como cosas aprendidas y sabiamente metodizadas.

Al fin y al cabo, si el hombre ocupa en nuestro planeta la cúspide de la escala animal, ¿es acaso por su bella cara o por privilegio divino. No, que no; la Justicia Superior no admite privilegios. Estamos en la cúspide porque la hemos ganado a peso de trabajo, de evolución y de relativo progreso, sumando experiencias de todos los órdenes.

Hemos llegado a "homo sapiens" a expensas de luchas y de procesos por el orden de los que observan los naturalistas estudiando la vida de los animales; y, lo que es más de considerar, no obstante lo de "sapiens" y lo que debemos ser como seres conscientes, como hermanos o como reyes de la creación, se cultiva todavía entre muchos hombres la ferocidad, la perfidia o la maldad que atribuímos a nuestros hermanos inferiores los animales.

Vale la pena que mediten profundamente sobre todo esto aquellos que estén llenando moral o simbólicamente en la vida la función de víboras, de zorros o de lobos, con relación a sus semejantes.

PROF. ASMARA

Hechos

II

No soy espiritista; no lo fuí nunca; espiritualista, siempre.

La catalogación; la dogmatización de cualquier creencia ultraterrena, no teniendo la evidencia de lo que creemos por la comprobación personal inmediata—y, aun ésta ¡cuán dada a errores en la interpretación!—me pareció siempre camino incierto y tortuoso, derrotero seguro para ir a dar en las religiones positivas. Todas inspiradas, *en sus orígenes,* en ansias y deseos honestos, generosos, buenos, moralizadores... después desviadas, por las malas pasiones humanas, hacia la dominación, la intolerancia, el abuso de los *acaparadores* de la Verdad: el cuerpo sacerdotal de todas ellas.

Además, en materias en que la razón y el sentimiento del hombre van a ciegas, tanteando, en titubeo... no es, a mi ver, posible hacer las clasificaciones, los distingos, el encasillamiento que algunas doctrinas filosóficas, incluyendo el

espiritismo, realizan con los problemas que el deseo del *más allá* presenta siempre a la razón humana (1).

Los dos párrafos anteriores os confirman que no soy espiritista, ni teósofo. Las dos doctrinas, sin embargo, más acordes con mi manera de sentir. De aquí que la aportación, en nuestra Revista, de los fenómenos a mí ocurridos, o por mí vividos y presenciados, tenga una mayor importancia, porque *los afirma* y *le sucedieron* a un NO espiritista.

Empezaré por referiros algo de lo pasado con la muerte material de doña Rosario de Acuña, a quien acompañé durante muchos años.

Es un caso admirable de auto-premonición.

En una noche del mes de enero de 1923, al retirarnos a nuestras habitaciones para descansar, hablando de algo, que no recuerdo, la dije:

—Bien; esto lo haremos para cuando vengan Tito y Esperanza.

Nuestros amigos, hijo y nuera de don Nicolás Salmerón, venían siempre en agosto.

Ella me replicó:

—Ya veremos. ¡Si paso de mayo!...

Cinco meses después, durante los cuales, casi todas las noches me recomendaba el cuidado cariñoso de nuestra leal e inteligentísima perrita si ella desaparecía; cinco meses después, repito, es decir, en los primeros días de mayo, el cinco, haciendo su vida normal de actividad portentosa, sin ninguna enfermedad intercurrente, moría, de una hemorragia cerebral repentina, en el momento de estar preparando nuestra comida de aquel día...

El anterior, el 4, me entretuve yo largamente, y en tonto, en el pueblo. Vivimos siempre en el campo, en los alrededores de las villas. Al volver a casa me riñó con toda justicia, y terminó suplicándome:

¡Mañana, no vayas al pueblo!

¿Qué fenómeno de presciencia, de presentimiento, de zozobra, de angustia

---

(1) Respetuosos con el modo de pensar de los demás, damos cabida a esta opinión del autor relativa al Espiritismo; pero LA LUZ DEL PORVENIR afirma, frente a este parecer del querido hermano, señor Lamo, que el Espiritismo, la verdadera doctrina espirita, no es como él supone. Ni dogmatiza, ni pone fe en nada que la comprobación "posible" no haga evidente; y en cuanto a los posibles errores de interpretación y a la definición de esas cosas que no están demostradas, ni cierra nunca su puerta a cualesquiera rectificaciones que nuestra señora la Verdad imponga, ni pasa en sus clasificaciones o encasillamientos de lo que es indispensable para entenderse, definiendo hechos e hipótesis necesarias, sin pronunciar nunca la última palabra.

Recomendamos al autor la lectura de los artículos 12 al 15 y 21 del Código de la F. E. E.; y si le place, dispuestos estamos a tratar de esta cuestión con la amplitud que merece, dejando consignado aquí, como síntesis de dichos artículos, que el Espiritismo no impone creencia, sino que invita al estudio; que entiende que las cosas que no son de razón para cada uno, no pueden ser de obligación ni de devoción; y que ni puede dogmatizar en nada, ni debe considerar intangibles ninguno de sus postulados.

envolvía su persona, su vida, veinticuatro horas antes de morir para pedirme aquello?...

¿Lo puede saber y explicar alguien dentro de los procedimientos lógicos de nuestra vida humana psico-física? ¿Será erróneo pensar que el alma, maravillosamente dotada siempre, sutilísima, de doña Rosario, pudo ver, con antelación al suceso, el drama que un día después iba a desarrollarse poniendo fin a su existencia material?

He aquí uno de los "Hechos" a que este artículo se refiere en su título.

Los otros son los siguientes.

Vivió y fué nuestro amigo desde que vinimos a esta ciudad, en 1908, un caballero de bonisima voluntad, pero de no muy grandes alcances intelectuales, que, habiendo logrado hacer una fortunita en América, se había retirado a este pueblo. Tendría unos cuarenta y tantos años.

Me relacionaba con él constantemente, pues en cuanto me veía en las calles se me aproximaba haciéndome preguntas acerca de todos los sucesos de actualidad políticos especialmente. Quería él, al formar sus juicios, llevar como *guías o tutores* las opiniones de doña Rosario, que yo le comunicaba con toda complacencia, pues a su espíritu abierto y ansioso de acertar, las ideas de un gran cerebro como era el de ella le servían de mucho para sus orientaciones.

Convivimos así diez años aproximadamente. Dejé de encontrármelo una larga temporada. Lo atribuí a ausencia en la aldea, donde solía ir los veranos con su familia.

Mas un dia—ya invierno—en que por haber llovido mucho la calle de Uría, de aquí de Gijón, estaba convertida en un verdadero fangal, saliendo yo de ella, por la acera de la derecha, hacia la plaza de San Miguel, volví la cabeza, como si me hubieran avisado de modo telepático, y vi, VI perfectamente a nuestro amigo enfrente, tal como siempre; mucho más pálido, con aspecto de intenso frío, y haciendo el movimiento, en él característico, de ceñirse más el gabán, subiéndose el cuello.

Lo saludé desde lejos, pidiéndole disculpa por no atravesar la calle. El, con ademanes de cabeza y manos, me saludó a su vez, y, a mis preguntas de salud suya y de la familia me respondió acordemente. No puedo afirmar que con palabras; creo que sí.

Seguí mi camino. No volví a verlo. A los quince o veinte días la esquela de su defunción aparecida en "El Noroeste"—único periódico algo liberal que aquí disfrutamos—me sorprendió grandemente.

Fuí a su domicilio, situado a unos 200 metros del sitio de *nuestro último encuentro*. Su viuda, al contarme la historia de la enfermedad—una anemia cerebral terrible—me hizo saber que hacia más de nueve meses que no salía de casa, y que se había quedado ciego medio año antes. Apenas si coordinaba ideas.

Les expliqué el caso. Quedaron asombrados. No concebían que ello pudiera ser. Supongo que yo quedé, ante la familia y las visitas, como un pobre visionario... Yo, sin embargo, respondo de la certeza y de la exactitud del fenómeno.

Tercer *hecho*. El año 17, en la gran huelga general de España, quisimos comunicarnos telegráficamente, por unos incidentes políticos ocurridos en casa, con nuestro buen amigo don Roberto Castrovido, el alma más santamente buena, generosa y altruísta que yo he conocido y tratado de todos los periodistas y políticos españoles.

Y aprovecho esta primera oportunidad, quizá única, en mi vida, de escribir públicamente, para expresar al excelso corazón y soberana inteligencia que es don Roberto, mi más profunda gratitud por todo cuanto, espontánea y caballerosamente, ha hecho y ha intentado en memoria y honor de doña Rosario. Jamás podré corresponderle adecuadamente.

Prosigo. Deposité mi telegrama. La censura militar no lo dejó pasar y me fué devuelto. ¡No decía nada, por supuesto!... Reclamé el importe pagado; tres o cuatro pesetas. Para ello tuve que subir al despacho del Jefe de telégrafos en aquel entonces. Un buen señor; bajito, grueso, sana coloración. Me indicó el procedimiento *a no seguir*... Había que gastar más que lo reclamado. Estuvo cortés, pero frío y cohibido. ¡*Nuestro nombre* y *fama* asustaron al pobre hombre!

En varias ocasiones, después, lo encontré, con sus dos hijas, por calles y paseos. Un día, en la esquina del café Dindurra nos cruzamos. Iban como siempre. Me saludó inclinando la cabeza. Olvidé el incidente. Un mes más tarde, al ver salir un entierro de la Central telegráfica, pregunté quién había muerto. Un ordenanza que me informó, y al que luego expliqué el encuentro, me dijo que era imposible porque hacía más de medio año que no salía a la calle por una parálisis de que estuvo largamente aquejado, y que lo mató al fin.

Cuarto *hecho*. Trabé conocimiento, muy superficial, con un buen hombre, grueso, pequeño, apolético, que quería comprarme una alhaja. Nos veíamos frecuentísimamente. Nos hablamos en varias ocasiones. Un día, en un paseo, lo vi muy bien, aunque algo borrosamente; esto me chocó, aunque no paré la atención en ello. Pasaron días, y, en el café, el simpático muchacho "echador" me dijo que aquel buen señor había muerto unos cuantos días antes, repentinamente, al ir a tomar billete del ferrocarril para salir de casa. Recordé, entonces, haberlo visto ante mí quizá el mismo día en que murió.

Los cuatro hechos tienen una única conciencia que los ha percibido clara, segura y perfectamente. Con una exactitud tan real que creería perder la razón antes que creer que NO los VI.

¿Fueron estas últimas tres visiones objetivas o únicamente subjetivas?...

En el segundo *hecho* la simpatía, la unidad, y armonía de pensamientos y sentimientos dan, desde luego, una mayor razón causal a la presentación ante mí

de la sombra o cuerpo ostral de aquel buen amigo; en realidad muerto psíquicamente hacía meses; viviente sólo ya de algunas funciones vegetativas.

Más en los otros dos casos no existía esa simpatía, esa sintonización favorable entre nuestros espíritus para mejor poderse explicar la producción del fenómeno. En el del jefe de telégrafos más bien son de apreciar, si no antipatías, al menos desacordada manera de ver la vida y sus problemas. Creo que era muy religioso de catolicismo. ¡De lo que yo no pude nunca, ni podré ser calificado jamás!

Y en este caso, lo más sorprendente es que no fué él solo el que cruzó ante mí, sino que fueron sus hijas también; el grupo que acostumbraba a encontrar, reproduciendo el cuadro que tantas veces, en el transcurso de cuatro o cinco años, pasó en la vida real.

ENVIO

¡Para vosotras Emilia Villacampa, Angeles López de Ayala, Amalia Domingo Soler y Rosario de Acuña!

Si mis cuartillas han llenado unas páginas de LA LUZ DEL PORVENIR, con utilidad para la causa espirita, yo me daré por muy contento; porque también, y al mismo tiempo, me sirvieron para revivir, en sus amables lectores, el recuerdo de vuestras vidas, que *pasaron corporalmente*, pero que *no han pasado espiritualmente*, porque las cuatro fueron vidas intensas, generosísimas, altruistas, y a cada una de ellas puede aplicarse exactamente los dos versos que doña Rosario trazó en su magnífico soneto "Sombra y luz", y que dicen:

"¡porque no puede ser labor perdida
la de una vida dadivosa y fuerte!"

y la obra realizada de amor, sinceridad, fe y abnegaciones por vosotras cuatro ¡mujeres excelsas!, ¡os asegura la inmortalidad en el corazón de los hombres, y en el infinito!...

¡Para vosotras mis pensamientos y mis gratitudes!

¡Seguid inspirándonos; seguid guiándonos!

CARLOS LAMO

Gijón, mayo de 1926.

"La letra con sangre entra", fué el bárbaro sistema de enseñanza aplicado a los cerebros infantiles, desconociendo que el castigo perturba la mente, desorientando la fijeza del objetivo propuesto. El alumno debe gozar de reflexiva serenidad, para que, dueño de su voluntad, enfoque su atención con libertad de juicio. ¿Receta? La paciencia, la bondad, el respeto y sabiduría del maestro.

Desde mi atalaya

Un periódico de Madrid, no importa el nombre, publica en su edición de primeros de septiembre:

"El vecindario del barrio de Santiago está intrigado porque en la casa número 3 de la calle de Las Siete Revueltas caen al patio desde el sábado último trozos de hierro y otros objetos.

La Policía trabaja para descubrir al autor de la broma, y ya se ha establecido vigilancia, aunque sin resultado.

Entre los vecinos circula la versión de que son duendes los autores de la pedrea, y la fantasía popular se ha desbordado. Algunos individuos llegan hasta asegurar que han visto dos fantasmas en distintos sectores de la ciudad. Son muchos los curiosos que visitan la casa, que llaman "del misterio". Naturalmente, las personas cultas atribuyen el hecho a un bromista."

Como puede verse las "personas cultas" han pronunciado ya su fallo.

Ni negamos ni afirmamos que pueda tratarse de una broma; pero sí podemos asegurar que es muy flaca o muy parcial la cultura de esas gentes que han puesto por delante un juicio definitivo. Si un espiritista de convicción dijera que por las trazas se trata de un fenómeno de "hantise", de una de las muchas "casas encantadas" que en el mundo han sido ¿qué dirían esas personas cultas? Fanatismo, aberración, extravío o chifladura Pero en buena correspondencia, el mismo derecho tendría el espiritista para decir cosa semejante, de los seudosabios que han querido fallar a su gusto.

Es curioso ver cómo se fanatiza o se extravía a lo mejor, cada cual en lo suyo. Y el hecho cierto es que de estos extravíos no se libran ni los sabios auténticos, ni los seudosabios. Por más que en el caso concreto que nos ocupa, se trata de otra cosa: Negar *a priori* y negar en todo, aunque los hechos demuestren lo contrario.

Lo prudente sería para uno y para otro bando, reservar su juicio y esperar pruebas, admitiendo la posibilidad de que sea fenómeno o de que sea broma, cada cual desde su respectivo punto de vista y estando entrambos honradamente dispuestos a admitir la verdad de lo que en definitiva se demuestre.

Pero no hay que hacerse ilusiones. Esas personas cultas no ceden en este punto aunque diga mil veces el adagio: "que es de sabios mudar de consejo". Si se demuestra que todo es una broma, cantarán victoria; si, por el contrario, resulta ser un fenómeno de "hantise", con ahogarlo en el silencio o atribuirlo al diablo, habrán terminado. Para algo les ha de servir su cultura.

* * *

Y otro periódico, semanario, cuyo nombre tampoco importa, publica a su vez, bajo la firma de Antonio Zozaya:

"En tanto que el célebre escritor inglés Arturo Conan Doyle nos habla uno y otro día de las maravillas de ultratumba y de las dichas reservadas a los espíritus en sus peregrinaciones por los espacios, el no menos famoso taumaturgo Houdini realiza experiencias prodigiosas para demostrar que le es facilísimo hacer, valiéndose de subterfugios, lo mismo que hacen los fakires indios, y que el supuesto poder sobrenatural de estos embaucadores de muchedumbres no es sino un arte parecido al de los prestidigitadores de circo y de los escamoteadores de feria. Las primeras pruebas comparativas han sido favorables al ilusionista profesional. El célebre fakir Rahman Bey, encerrado en un féretro y sumergido en el fondo del Hudson, no pudo permanecer en su prisión más que diez y ocho minutos, al cabo de los cuales hizo sonar la campana de auxilio. En cambio, Houdini estuvo en el fondo del río, en condiciones iguales a las del fakir, más de hora y media, transcurrida la cual el doctor Carrington y sus compañeros de la "Sociedad de Investigaciones Psíquicas" lo vieron salir sonriente de la caja y sin mostrar la menor señal de asfixia ni siquiera de cansancio.

Este golpe asestado a los santones milagreros asiáticos es mucho más duro que todos cuantos la falsa magia ha recibido en el curso de los siglos. Hasta ahora los incrédulos se limitaban a negar los milagros de los fakires. Cegados por un burdo concepto de la materia, afirmaban resueltamente que era imposible que un hombre, por asistido que estuviera de la gracia de Budha, fuera capaz de alterar el orden natural de las cosas, entendiendo por tal orden las series de fenómenos observados y las leyes en su vista inducidas, y aquí precisamente radicaba su error, que solía llevarlos al fracaso. Cuando creían estos escépticos haber triunfado de la superstición del vulgo, venía un fakir, se sumía, por autosugestión, en estado de catalepsia o curaba a un enfermo con ayuda del hipnotismo o adivinaba el pensamiento o hacía girar un velador o percibir a distancia sonidos extraños, y los alegatos de los incrédulos venían por tierra. El milagro existía lo mismo que en los tiempos de Odino y de Moisés, y los fakires eran unos seres dotados de un poder sobrenatural, que les permitía contrariar las leyes físicas.

Pero ahora no; lo que se niega a los fakires no es el prodigio. Lo que se hace es probar que no les está reservado su monopolio. Un simple ilusionista de circo, ducho en la observación y poseedor de algunos secretos científicos, puede excederlos en la realización de maravillas, como los inventores de la electricidad, del magnetismo, de la telegrafía y telefonía sin hilos y de los motores de explosión han dejado en mantillas al chino Fo, al escandinavo Odino y aun al mismo hebreo Josué.

Todo en la naturaleza es prodigioso, y todo lleva en sus leyes sublimes el sello augusto de la Divinidad, y el quebranto momentáneo de una ley natural nada dice tanto en pro de la existencia de un Ser Supremo como el cumplimiento inflexible de esas mismas leyes.

Entre el fakir y el profesional de la taumaturgia, entre Rahman Bey y Houdini, me parece que el verdaderamente religioso es, en esta ocasión, el artista de circo, y el charlatán imprudente, el fakir. Porque éste supone, sin duda, que la naturaleza es sobrado imperfecta, que la obra de la Divinidad es vulgar y anodina y que es preciso que salga un campesino del fondo de la India y se erija en intérprete del Mahabarata o del Darmasastra para realizar prodigios extranaturales y, por ende, admirables, puesto que lo que ocurre todos los días en los cielos y sobre la tierra no vale la pena de ser admirado, ni siquiera tenido en cuenta.

Houdini, el escamoteador, en cambio, pretende demostrar que los prodigios que pueden ser realizados por los hombres valiéndose de las leyes naturales y eternas son infinitos; verdad que el progreso científico e industrial corrobora todos los días, y que ellos bastan para que los seres inteligentes reverencien a un Creador que todo lo ha ordenado y previsto y que ha establecido leyes inquebrantables y sublimes que en todo momento son y constituyen el milagro incomparable y eterno.

Y así, contra lo que pudieran suponer los fanáticos indios, al pedir socorro desde el fondo del Hudson el fakir presuntuoso, lo vencido era la farsa humana, y al salir de las aguas sonriente el prestidigitador, tras hora y media de inmersión, por haberse valido de principios físicos inmutables, lo que triunfaba una vez más era la incomparable ciencia divina."

Zozaya acopla, lastimosamente la propaganda espirita de Conan Doyle con el fakirismo de Rahman Bey; y coloca luego por cima de este fakir a Houdini, para concluir que el subterfugio lo puede todo y tirar con bala rasa contra las maravillas de ultratumba.

Menos mal que el propio Zozaya se entrega afirmando *que no se niega* el prodigio, puesto que en el mundo todo es prodigioso Lo que se combate entonces es que nadie quiera atribuirse monopolio. Cierto; si Houdini conoce la ley y la practica, puede vencer, igualarse o competir con otro ser humano. Pero ¿no habíamos quedado en que era subterfugio la taumaturgia de Houdini?

No defendemos a Rahman Bey ni a otros tantos fakires que van por el mundo desacreditando al verdadero fakirismo: al esotérico. Pero nos parece un poco grave que un hombre de la cultura de Zozaya diga que todos los fakires indios son como prestidigitadores de feria; y que quiera por contra, santificar a Hondini sin saber aún si debe colocarle en un escenario, como prestidigitador de circo, o en el altar donde se consagran esos infinitos prodigios que pueden realizarse mediante leyes naturales y eternas.

Por lo pronto, la ironía ha lanzado sus dardos, una vez más, sobre las cosas de ultratumba, y ahí queda eso, aunque no pegue ni llegue.

PITAGORAS.

El octavo pecado capital

(Continuación)

¡La ejemplaridad de la pena, y la fórmula bárbara, "*que dejar sin castigo a un criminal es perjudicarle porque se le priva del derecho que tiene a redimir su pecado*", fueron los causantes de los autos de fe! Las ceremonias de la Edad Media con el cortejo del suplicio, con los penitentes recitando las preces de los difuntos, con las costumbres del verdugo y todo este aparato que impresionaba las imaginaciones populares, eran las razones de los juristas para combatir la

criminalidad. Pero todo esto no sirvió más que para satisfacer los malos instintos de los locos.

El temor de la muerte, no ha logrado contener jamás una mano criminal. La historia prueba hasta la evidencia, que en los pasados siglos, cuando más en auge se hallaban los martirios y esta variada flora de los suplicios judiciales, los crímenes eran diez veces más numerosos que hoy. Romp-Croissant evaluaba en 800, el número de individuos asesinados en París por sus calles en menos de ocho meses.

Y no podrán alegar los retrógrados que no hubiesen entonces medios coercitivos. Poseían el innoble tormento del suplicio antes de la condena para arrancer confesiones a los inocentes. El supuesto criminal era progresiva y concienzudamente estirado y medio descuartizado por el verdugo y sus ayudantes, mientras el escribano al lado de la cara del paciente iba anotando sus respuestas, gracias a las cuales, aquél desgraciado era siempre sentenciado a muerte.

¿Quién es el valiente que no se confiesa autor de cualquier delito para terminar con un suplicio?

Después se verificaba el *hermoso espectáculo* de la ejecución. La conducción de los reos en una carreta o atados a la trasera de la misma, yendo desnudos o en camisa si eran mujeres y con la cuerda al cuello. Vickowski en sus *Seins a l'église* ha reproducido un documento del siglo XIV en el que se ve a una condenada caminando a la fiesta con el traje de Eva. Motivo del castigo: había calumniado a un inocente que no era muy de fiar. Verdad es que el tal inocente era nada menos que el preboste de París.

Es chocante que el siglo del despertar del Renacimiento fuera el mismo que inventó a las brujas. Al siguiente, ya empezó a actuar el tribunal de la Inquisición, sin duda para redimir a estas infelices enfermas de los duros martirios del infierno, o bien, para empezarlas a preparar en los suplicios del Averno.

Hace unos años, leímos este pensamiento de un doctor francés, a raíz de un indulto de pena de muerte: "¿No ha quedado virtualmente abolida la pena de muerte en Francia con el hecho de haberse concedido gracia de la vida al erotómano asesino Soleilland? Con seguridad que antiguamente la hubiera pagado algo más cara. Entre el mínimum de castigos que sufriera, hubieran figurado la castración y la horca, y su cuerpo hubiera sido arrastrado después."

Entre los cuadros tratando de verdugos y ajusticiados, descuellan el del tormento del juez malo que se ve atado sobre una mesa mientras los verdugos verifican una verdadera disección al vivo. Era la pena de desollarle. Otro grabado de estos, que nos ha impresionado siempre, es el tormento del artista Alonso Cano, condenado a clavarle una cuña entre las piernas sólidamente atadas con anillas de hierro. No hay que decir que los huesos saltan bajo el choque del martillo.

Así, pues, no se dirá que en aquellos tiempos de grandes castigos, los verdugos no buscaban con ansiedad el modo de encontrar sensaciones agradables para el populacho embrutecido y degenerado. Digan lo que quieran los despreciadores del presente, vivimos en una época más suave para los vencidos, y, que al fin, hemos perdido esta afición a la sangre de que tanto gustaban nuestros antepasados de hace apenas tres siglos, y aún, de estos espectáculos festivos en la plaza pública para presenciar la ejecución del garrote, como no ha mucho, lo han presenciado nuestros padres.

La ejecución se verifica hoy a puerta cerrada y en un triste patio de la cárcel. Pero, por la fuerza del atavismo, aún se reúne una pequeña multitud en la puerta de la cárcel para presenciar el momento de poner la bandera negra en la fachada. Es una reminiscencia del placer sádico ante el *magnífico espectáculo* de una pena de muerte.

Permitid que sean señalados unos párrafos de este gran literato francés Anatole France: "El señor abate Coignard, que debiera ser mantenido en el Pritáneo por la república agradecida, ganaba su pan escribiendo cartas a las cria das en una covachuela del cementerio de San Inocencio.

La casualidad le puso al servicio de una señora portuguesa que recorría la Francia con su negrito, la cual pagó dos ochavos por una carta dirigida a su marido, y un escudo de seis libras por otra que dirigió a su amante. Era el primer escudo que mi amo recibía desde San Juan. Magnánimo y generoso, me condujo inmediatamente a *La Manzana de Oro,* que se halla en el muelle de Grève, cerca del Ayuntamiento, donde el vino es bueno y las salchichas deliciosas. Mi buen maestro dispuso que sirviesen la cena cerca del río, y mientras cenábamos oíamos los chapoteos del agua azotada por los remos de los barqueros. Un ambiente plácido nos sumergía en sus ondas sútiles, y nos sentíamos dichosos de vivir a cielo abierto.

Mientras saboreábamos peces fritos, un rumor tumultuoso de hombres y de caballos nos indujo a volver la cabeza, y atento a satisfacer nuestra curiosidad, un viejecito de ropilla negra que comía en la mesa próxima nos dijo con afable sonrisa:

—No es nada, caballeros: una criada que llevan a la horca por haberle robado una cofia de encajes a su señora.

Y vimos, en efecto, sentada en la trasera de un carro, entre dos policías a caballo, a una muchacha bastante hermosa, atónita, con el pecho saliente por llevar los brazos atados a la espalda. Sólo pude contemplarla un instante, y sin embargo, recordaré siempre aquel rostro descolorido y aquellos ojos espantados que ya no veían.

—Sí, caballeros — repuso el viejecito de la ropilla negra — es la criada de la señora Josse que, por lucir en Ramponeau con su amante, se apoderó de la

cofia de encajes de Alençon y huyó después de cometido el hurto. La prendieron en una casa de Pont-au-Change, y como no tardó en confesar su crimen, solamente la *torturaron un par de horas*. Estoy muy bien enterado de lo que os digo, porque soy ujier de la sala del Parlamento donde la juzgaron.

El viejecito se comió una salchicha que tenía en el plato, temeroso de que se le enfriara, y luego prosiguió:

—En este momento estará en la escalera, y dentro de cinco minutos, poco más o menos, la bribona habrá entregado el alma. Algunos ahorcados no dan casi nada que hacer a los verdugos; en cuanto les echan la cuerda al cuello mueren tranquilamente, pero hay otros que aún después de ahorcados conservan algo de vida y se revuelven furiosos. El más endiablado de todos fué un cura a quien ajusticiaron por falsificar la firma del rey en unos billetes de Lotería. Durante más de veinte minutos bailó como una carpa suspendido al extremo de una cuerda.

—¡Eh, eh! —añadió jovial el viejecito de la ropilla negra— era tan humilde aquel señor cura, que no apetecía el honor de echar bendiciones al aire como un obispo. Le vi cuando le sacaron del carro. Tanto lloraba y se resistía que el verdugo se le ocurrió decirle: "¡Señor cura, no seáis niño!". Lo más extraño es que, llevado a la horca en compañía de un ladrón, el verdugo le tomaba por el confesor y costó mucho trabajo convencerle de que se había engañado. ¿Tiene gracia, verdad?

—No, caballero — respondió mi bondadoso maestro mientras dejaba caer en el plato un pececillo que tenía entre los dientes—. No tiene gracia; y la idea de que la pobre moza entregue su alma en este momento, me amarga el placer de comer peces y de ver un cielo tan hermoso que me sonreía con tanta dulzura.

—¡Ah, señor abate! —dijo el ujier —; si tan impresionable sois, no hubiérais podido presenciar sin angustia lo que mi padre vió en sus primeros años en Dijón, donde había nacido. ¿Nunca oisteis hablar de Helena Gillet?

—No — respondió mi bondadoso maestro.

—Pues voy a referiros su historia, como mi padre me la refirió muchas veces".

M. SERRA BARTRA.

(*Continuará.*)

Muchas veces se atreve nuestro deseo a pedir aquello que menos nos conviene; las fortunas improvisadas fueron en muchas ocasiones la desgracia de otras tantas familias.

Se aproximó todo lo posible buscando la orilla del agua, único elemento que le atraía. Muchas veces se había observado que permanecía horas enteras contemplando la corriente de un arroyo, o las ondas de una fuente, como si en ellas estuviera encerrado todo el misterio de su vida.

Detuvo su paso y se opuso a sus deseos, un corte casi vertical de granito a bastante altura sobre el lago, el cual gemía allá abajo salpicando la piedra, donde rompía la oscilación ligera de la superficie rizada de las aguas.

Vió desde allí, que una senda estrecha, salvando la pendiente en rápidos zis-zás, conducía a un bosquecillo de abetos, que en la misma margen algunos de ellos inclinaban sus ramas sobre el agua, como si quisieran contemplarse eternamente en aquel espejo.

Sin duda que sintió la misma inclinación que los árboles, pues se deslizó por la senda.

Se sentó en el césped, y fijó una mirada melancólica en la transparencia líquida que al retratar la frondosa ribera, el claro cielo y los rayos del sol próximo a ponerse, reflejaba matices verdes, dorados y azules. Y allá, a alguna distancia, las líneas severas del castillo sumergían una silueta obscura en el agua, como si la profundidad de sus cimientos arrancara de un abismo.

aspiran las almas grandes, es inexplicable lo que todo mi ser empezó a experimentar, es inexplicable lo que en torno mío se verificaba; al par que una extraña evolución en mí, era una rara transformación en los objetos.

Ya empezaba a preocuparme aquello cuando la puerta se abrió, y un criado dió un nombre anunciando a una persona.

—Que pase—exclamó Estrella cerrando el libro, y poniéndose en pie. El criado se retiró.

Pasó sus manos por el cabello, arregló los pliegues de su rico vestido, y en una palabra, tomó todas las precauciones que no olvida una mujer cuando se anuncia un hombre.

XI

Otra vez se abrió la puerta, y en su dintel apareció todo lo que, por el traje, completaba en aquel tiempo un caballero. Pues en verdad que éste era buen mozo, y aquél espléndido.

La cruz de Santiago lucía en el pecho, medio oculta por la capa, que con elegancia caía sobre el brazo izquierdo. En el sombrero de anchas alas, lucía una gran pluma negra con presilla de joyas; y sobre los hombros, blanquísima gola: luciente empuñadura en la espada, calzón bordado, hebilla de plata en el ceñidor de cuero, y botas caídas.

No era viejo y tampoco muy joven. Bigote poblado y rubio, melena luenga y rizada, nariz afilada y recta, y muy marcado el entrecejo entre unos ojos que, de claros, se perdían en su rostro.

Su conjunto era presuntuoso, pero de muy buen porte.

Después que entró, y tras él se cerró la puerta, se descubrió, hizo una gran reverencia y se aproximó a Estrella.

Tomó su mano, y posó en ella respetuosamente los labios.

Ella le invitó a sentarse, y él así lo hizo frente a frente y al otro lado de la mesa.

El desvanecimiento de mis sentidos, que ya se iniciara antes de empezar esta escena, y que durante ella se había gradualmente aumentado, pronunció entonces su intensidad, y todo, conforme desaparecía, tomaba un nuevo modo de existir o se presentaba en otras formas. El espacio y el tiempo adquirían otro aspecto, al paso que en mi inteligencia se levantaba una manera más superior de apreciar las cosas, y un orden de ideas más racional y elevado.

Mi espíritu rompía, por decirlo así, a través de la naturaleza reducida a un mundo, para entrar en la naturaleza extendida al universo. Por momentos salía de la forma para penetrar en la idea.

Franqueaba en aquel instante, como si sufrie-

"la Sombra", único nombre que la habían puesto por su costumbre de aparecer y desaparecer sin decir una palabra.

Aquella era un alma triste que no se movía entre recuerdos ni esperanzas. Aquella era una mujer desdichada que nunca se reía, que nunca tampoco lloraba. Aquel pobre ser tenía un corazón que desde la primera edad se había petrificado.

Vamos a sondear su pensamiento y a seguir sus pasos, cuando profundamente preocupada salía del bosque y tomaba un sendero.

III

Pocos días después y próxima la hora del caer de una tarde, se había alejado mucho de los lugares que solía habitar, y llegó a una eminencia desde la cual se dominaban las márgenes de un lago estrecho y largo, y un castillo de aspecto sombrío y feudal, uno de tantos que habían poblado en otros tiempos los llanos y las cimas de aquellas regiones hasta los Alpes.

Este había estado mucho tiempo por completo abandonado por sus naturales señores; pero dos años hacía próximamente, que, restaurado para servir de habitación, notábase en algunas temporadas movimiento en su recinto.

Pero todo esto lo ignoraba e importaba muy poco a la Sombra.

veces que los levantaba al cielo y se bañaban en luz, resplandecía el brillo de los veinte años; pero en su rostro moreno y flaco, notábase la vejez que anticipan los sufrimientos: en su ropa descompuesta y sucia, en sus cabellos ásperos y enredados, en su completo desaliño, veíase el descuido de la miseria: en la cabeza inclinada y en el paso tardo de sus pies desnudos, se indicaba el abandono de la tristeza.

¿Quién era? Casi ni ella misma lo sabía.

II

Había nacido no muy lejos de allí en una choza, y en el seno de una sociedad salvaje, ignorante y miserable.

Vivía en la naturaleza, a cielo descubierto, rodando de montaña en montaña y de valle en valle, alimentándose de lo poco que le podían dar, y de lo menos que podía coger.

Conocía a su madre, y su madre conocía a ella, porque muchos días se encontraban entre las breñas, y pocas noches bajo el mismo techo.

Su padre, hacía tiempo que un día, sin decir adiós, se fué y no volvió más.

Apenas había oído hablar en toda la vida: sólo con algunas exclamaciones groseras se había intentado domar su carácter adusto y tenaz.

Los habitantes de la comarca la conocían por

ra una segunda muerte sin esfuerzo ni agonía, o mejor dicho, como si alcanzara una resurrección dulce y tranquila; franqueaba un límite de tinieblas en que empezaba la luz, espacio intermediario entre lo reducido y lo inmenso, y entre la sucesión de las horas minuto tras minuto y el éxtasis de la eternidad que compendian los siglos.

En una efervescencia de colores, vivos unos y ligeros otros, vi al mundo entero hendiendo el éter con rapidez inaudita e impulso constante y matemático, y que envuelto en tornasolada atmósfera, trepidaba en el azul obscuro del espacio salpicado de partículas de oro.

La tierra se alejaba de mí, mientras los discos de millares de esferoides desarrollaban su intensidad encerrando en sus órbitas brillantes, extensos horizontes a la actividad del espíritu.

Y al par que inflamadas esferas, embellecidas por el trabajo y santificadas por la virtud se abrían para mí, el olvido rasgaba sus velos en la memoria, y en mi mente delataba su más completa libertad, apareció el recuerdo de toda mi existencia, perdida en el vértigo de las edades.

Me confundí arrastrada por la gratitud en el seno de aquel espíritu que me había guiado en las horas de mi última vida, y después de la muerte hablaba a mi pensamiento.

Yo le conocí.

Pues cuando Flavio Vespasiano levantaba el Coliseo cuyas ruinas aún desafían a los siglos en la ciudad de los Césares, ya entonces por un sentimiento que no desvanece los tiempos ni quebrantan las distancias, su mano me había levantado en días que me arrastraba por las márgenes del Tiber.

CAPITULO SEGUNDO

(Dictado de ESTRELLA)

La Sombra

I

En un lugar muy escarpado de la Saboya, erizado de montañas, de cuyas vertientes se alimentaban lagos transparentes entre riberas de una frondosidad secular, y en una mañana del mes de Septiembre de 1708, en hora en que el sol podría verse a grande altura sobre el horizonte, si no estuviera densamente encapotado por las nieblas que se levantaban de los valles, una pobre mujer salía de un bosque para tomar un sendero cuyas revueltas sabía, sin duda, de memoria, porque notábase tal distracción en su manera de marchar, que algunas veces se detenía, no para salvar un obstáculo del camino, sino el obstáculo de un pensamiento en el cual parecía sumergida.

Era joven. En sus ojos hundidos y las pocas